

## CONFERENCIA

---

### **Benedicto XVI (Joseph Ratzinger), universitario, teólogo, Santo Pontífice\*** **Benedict XVI (Joseph Ratzinger), academic, theologian, Holy Pontiff**

Jorge Rodríguez-Zapata Pérez

Académico de Número y Presidente de la Sección de Derecho de la Real Academia de Doctores de España  
[jrzapata@telefonica.net](mailto:jrzapata@telefonica.net)

#### **RESUMEN**

Antes de elevar el papado a la máxima potencia teológica e intelectualmente para el tercer milenio como Papa, Benedicto XVI, Joseph Ratzinger fue profesor, arzobispo de Freising-München y Prefecto de la Congregación de la Fe en Roma. Amaba Baviera, su patria, y trabajaba por y en la Verdad, como lo demuestra su escudo arzobispal. Su obra en tres volúmenes sobre Jesucristo, de su propia mano, hace que su pontificado sea único en la Historia, al igual que sus grandes discursos, como el que pronunció ante el Parlamento alemán, en el que toca los fundamentos mismos de la democracia parlamentaria.

**PALABRAS CLAVE:** Benedicto XVI; Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe; Juspositivismo, Baviera; Cooperador de la Verdad; Jesús de Nazaret .

#### **ABSTRACT**

Before raising papacy to highest theological and intellectual potency for the third millennium as pope Benedict XVI, Joseph Ratzinger was a professor, archbishop of Freising-München and Prefect for the Congregation of Faith in Rome. He loved Bavaria, his homeland, and worked for and in Truth, as his archbishop coat of arms shows. His three-volume work on Jesus Christ, of his own hand, makes his pontificate unique in History, and so do great speeches, as that before German Parliament, in which touches the very fundamentals of parliamentary democracy.

**KEYWORDS:** Benedict XVI; Prefect of the Congregation for the Doctrine of the Faith; juspositivism, Bavaria; Cooperator of truth; Jesus of Nazareth.

---

\* Sesión académica de la RADE celebrada el 28-06-2023 con el título *Joseph Ratzinger-Benedicto XVI. Universitario, teólogo, pontífice.*

## 1.- COOPERADOR DE LA VERDAD

---

La cercanía en el tiempo respecto de personalidades señeras en la Historia, como Joseph Ratzinger –S.S. el papa Benedicto XVI–, es un privilegio para quienes hemos sido sus contemporáneos, aunque encierre la dificultad de valorar el legado que han ofrecido a la Humanidad y en este caso a la Iglesia, con la perspectiva que permite el transcurso del tiempo.

Joseph Ratzinger cuenta en sus Memorias (1927-1977) que fue consagrado en 1977, como arzobispo de *Freising-München* (Frisinga-Múnich), en un momento en el que, además de ser sacerdote, se seguía sintiendo llamado personalmente a su vida profesoral y de estudio en su cátedra, y no había tenido nunca en mente nada distinto, dejando aparte los cargos académicos. Percibía que el arzobispado llevaba a desembocar en lo que sería un tiempo nuevo. A sus cuarenta y nueve años sus enseñanzas como profesor universitario iban a ser sustituidas por responsabilidades de gobierno en la Iglesia Católica, aunque los designios de Dios no augurasen hasta cuándo.

La impronta que tuvo el llamamiento que se le hizo al gobierno de la Iglesia se refleja en el lema y en uno de los símbolos que escogió para blasonar su escudo arzobispal mantelado de arzobispo de Frisinga-Múnich.

La heráldica eclesiástica acompaña a las dignidades de la Iglesia desde hace casi mil años. Cuando fue elevado al solio pontificio, como Papa Benedicto XVI en el año 2005, esos símbolos de su escudo arzobispal pasaron al escudo pontificio del papa Benedicto.

Nos explica en sus memorias cuál fue el lema episcopal que eligió, que tiene mucho que ver con toda su vida. Escogió –nos dice– dos palabras de la tercera epístola de san Juan: «*Cooperadores de la Verdad*» (III, San Juan, 8).

Le pareció, ante todo, que ser *Cooperador de la Verdad* podía representar muy bien la continuidad clara entre su tarea anterior como sacerdote y profesor y la nueva responsabilidad arzobispal; porque, con todas las diferencias que se quieran –pensaba–, «se trataba y se trata siempre de lo mismo: seguir la Verdad; ponerse a su servicio».

Y desde el momento en que en el mundo de hoy –dice– el argumento -la Verdad- ha casi desaparecido porque parece demasiado grande para el hombre y, sin embargo, si no existe la verdad todo se hunde, este lema episcopal – *Cooperador de la Verdad*– «me pareció que era el que estaba más en línea con nuestro tiempo, el más moderno, en el sentido bueno del término»<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Benedict XVI, *Milestones, Memoirs, 1927-1977*, Inatius Press, San Francisco, 1998, p. 153

## 2.- UN PONTIFICADO DEL SIGLO XXI

---

En su obra póstuma *¿Qué es el cristianismo?*, el papa Benedicto recuerda el centenario del nacimiento de san Juan Pablo II, que se celebró el 20 de mayo de 2020, de quien fue estrecho colaborador.

Compara al papa Karol Wojtyła con los papas León I (440-461) y Gregorio I (590-604). Los dos han recibido el calificativo de magnos en la Historia de la Iglesia porque demostraron que la fuerza del espíritu es más fuerte que el poderío militar, ya que lograron, sin armas y sin poder efectivo alguno, salvar a Roma de la invasión de Atila y de una invasión longobarda.

Esos modelos le sirven para recordar que, en febrero de 1945, alguien propuso consultar al Vaticano sobre la futura configuración que se decidía para Europa después de la segunda guerra mundial; Stalin preguntó con sarcasmo «¿Cuántas divisiones tiene el papa?»<sup>2</sup>. El papa Benedicto reflexiona que, sin embargo, en 1989, el poder de la fe y la fuerza del espíritu volvieron a imperar sobre la fuerza porque san Juan Pablo II fue determinante para hacer añicos el poder soviético y permitir una Europa que ha vuelto a respirar de nuevo con dos pulmones, tras el colapso del sistema comunista que la había oprimido desde la primera guerra mundial.

Benedicto XVI es un pontífice que vivió y padeció en vida los dos grandes totalitarismos del siglo XX, pero que ha proyectado su magisterio en el tercer milenio de la Iglesia Católica sobre los problemas de la Verdad en un mundo complejo, posterior a la caída del régimen soviético.

## 3.- LOS VALLES PREALPINOS

---

Una semblanza de Joseph Ratzinger debe recoger su cariño a Baviera (*cives bavaricus sum*) por su nacimiento en los valles prealpinos regados por los ríos Inn y Salzach, por su familia y por su formación académica y sacerdotal.

Los años previos a la segunda guerra mundial del siglo pasado fueron la época de una Europa en el cénit de su esplendor cultural –que describen las memorias *«El mundo de ayer»* de Stefan Zweig– y que anunciaba también el inicio de una decadencia inmediata, que estuvo precipitada por la barbarie inaudita del régimen nacionalsocialista de Adolf Hitler y los horrores de la segunda guerra mundial

---

<sup>2</sup> Benedicto XVI, «Cien años del nacimiento de San Juan Pablo II, en la obra *¿Qué es el cristianismo? (Un testamento espiritual)*» ed. De Elio Guerriero y Georg Gänswein, La esfera de los libros, Madrid, 2023, pp. 238

Sabemos que el régimen nacionalsocialista afectó en forma grave y muy negativa a toda la familia de Joseph Ratzinger, como nos relata en sus memorias. Uno de los episodios del drama fue la Anexión temporal (*Anschluss*) en febrero de 1938 de Austria al Tercer Reich. Desaparecieron las fronteras entre Austria y Alemania, pero no es conocido que ese triste acontecimiento enriqueció la experiencia espiritual del futuro papa Benedicto e influyó en nuestra Cultura, a través del legado que nos dejó sobre el valor de la música espiritual.

La notable proximidad entre los valles de Baviera y Salzburgo hizo que toda la familia Ratzinger se trasladase frecuentemente a Austria.

«Mi hermano Georg» –nos recuerda el papa Benedicto– “tomó pronto una iniciativa que me hizo conocer otra dimensión de Salzburgo. En aquella época ya casi nadie asistía a sus festivales, por lo que las entradas eran muy baratas” [...]. “Así pudimos escuchar, por ejemplo, la novena sinfonía de Beethoven, dirigida por Hans Knappertsbusch, el Réquiem de Mozart o su impresionante Misa en do menor». Insiste el papa Benedicto en que cuando asistía a Misa los domingos en una *kirche* de aquellos valles y escuchaba la Misa de do menor de Mozart, tenía la sensación de que se abrían los cielos. La música de Mozart –manifiesta en otros recuerdos–, tan brillante y, al mismo tiempo, tan intensa, todavía me sigue haciendo vibrar de emoción. No es un simple divertimento, la música de Mozart encierra todo el drama de ser hombre.<sup>3</sup>

Estas experiencias no solo acompañan a Joseph Ratzinger –como lo hizo su piano– durante toda la vida, sino que le hacen dejar testimonios únicos, que merecen ser leídos, sobre el logor y el valor espiritual de la música sacra de todos los tiempos y el de la música clásica espiritual.

Así se recoge en una obra memorable del año 2000, que retoma el título del famoso ensayo de Romano Guardini: «*El espíritu de la liturgia*».

En su última obra póstuma ya citada, se incluyen también bajo el título «*Música y liturgia*», reflexiones importantes de Benedicto XVI del año 2015, en palabras pronunciadas con ocasión de su investidura como doctor honoris causa por parte de la Pontificia Universidad Juan Pablo II de Cracovia y de la Academia de Música de Cracovia<sup>4</sup>

En definitiva, la presencia de los valles de Baviera fue constante en la vida del papa Benedicto.

Joseph Ratzinger entró en el seminario bávaro de Freising (Frisingia) y, en 1947, en la Universidad de Múnich. Aunque como teólogo ejerció su cátedra por muchas

---

<sup>3</sup> Blanco Sarto, Pablo, «Benedicto XVI: Una biografía», EUNSA, Pamplona, 2004, p. 41

<sup>4</sup> «Música y liturgia», en la obra ¿Qué es el cristianismo?, op.cit., p. 59 ss.

Universidades alemanas: Bonn 1959, Münster 1963 o Tubinga; en 1966 volvió a la hermosa ciudad bávara de *Regensburg* (Ratisbona) como profesor universitario<sup>5</sup>

#### 4.- EL VIAJE A ROMA

---

Un nuevo recuerdo a los símbolos heráldicos del escudo arzobispal mantelado de Joseph Ratzinger sigue arrojando luz sobre su traslado a Roma.

El símbolo es el oso San Corbiniano, santo fundador de la diócesis episcopal de Frisingia; nos da idea de la resignación con la que valoraba su llamada a las responsabilidades de gobierno de la Iglesia<sup>6</sup>, que ya preveía larga:

«De la leyenda de san Corbiniano, obispo fundador de mi diócesis de Frisingia, tomé, dice el papa Benedicto, la figura del oso que transporta un fardo. Un oso –cuenta esa historia– había despedazado el caballo del santo en su viaje hacia Roma. Corbiniano le reprendió con mucha severidad por su mala acción y, como castigo, lo cargó con el fardo que hasta entonces había llevado a lomos del caballo y le obligó a transportarlo a Roma. Así, el oso tuvo que llevar la carga hasta Roma, y solo allí lo dejó el santo en libertad. [...]

Si el oso se quedó en los Abruzzos o volvió a los Alpes, no lo cuenta ya la leyenda, dice Ratzinger con humor. Concluye sus Memorias (1927-1977), que se publican años después<sup>7</sup>, observando que, mientras tanto –dice– yo he llevado mi equipaje a Roma y, desde hace ya varios años, camino con mi fardo por las calles de la Ciudad eterna. Cuando seré puesto en libertad no lo sé, pero sí sé aquello que cuenta San Agustín, en un

---

<sup>5</sup> Aidan Nichols, «The thought of Benedict XVI, an introduction to the theology of Joseph Ratzinger», Burns and Oates, Nueva York, 2ª, 2005, p.19 ss.

<sup>6</sup> Los dos símbolos restantes de su escudo son una cabeza de moro coronado y una venera (o concha). Dice el papa que sobre el blasón de los obispos de Frisingia se encuentra, desde hace cerca de mil años, la figura del moro coronado: no se sabe cuál es su significado. Para mí, dice, es la expresión de la universalidad de la iglesia, que no conoce ninguna distinción de raza ni de clase, porque todos nosotros -somos uno- en Cristo (Gál. 3.28). Yo elegí para mí dos símbolos más, El primero, la venera (la concha), que es ante todo el signo de nuestro ser peregrinos, de nuestro estar en camino: no tenemos aquí una morada estable, Pero me recordaba también la leyenda según la cual san Agustín, que se estrujaba el cerebro en torno al misterio de la Trinidad, vio en la playa un niño jugando con una concha, con la que tomaba el agua del mar y trataba de meterla en un pequeño hoyo que había abierto en la arena. Se le habría dicho lo siguiente: tan difícil es que pueda meterse toda el agua del mar en este pozo como que tu razón pueda entender el misterio de Dios. Por eso la concha representa para mí una referencia a mi gran maestro Agustín, un llamamiento a mi labor teológica y, a la vez, a la grandeza del misterio, que es siempre mucho más grande que toda nuestra ciencia. El símbolo restante, que ocupa el segundo lugar en importancia heráldica en el escudo mantelado es el del oso de San Corbiniano; Apud, Benedict XVI, Milestones, Memoirs, 1927-1977, Inatius Press, San Francisco, 1998, p. 154 s.

<sup>7</sup> Op.,ult., cit. de 1998. En italiano se publicaron en 1997

momento muy similar de su vida, en sus meditaciones sobre los Salmos<sup>8</sup>: “Me he convertido en un animal de carga –*iumentum*– y, precisamente así, estoy contigo».

Antes de ser elegido sucesor en la cátedra de san Pedro, en el año 2005, Joseph Ratzinger se había distinguido como uno de los colaboradores más estrechos del papa Juan Pablo II, como Prefecto de la Congregación para la doctrina de la Fe, el antiguo Santo Oficio, cargo que desempeñó durante veintitrés años. Un balance de su legado para la historia de la Iglesia también debe incluir ese periodo esencial. Pero el sentido del símbolo del oso de San Corbiniano en su escudo arzobispal se percibe con claridad en las palabras de quien fue hasta su fallecimiento su secretario personal, monseñor Georg Gänswein. Relata que, en febrero el año 2003, el cardenal Joseph Ratzinger le ofreció ser su secretario personal como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, pero lo hizo presentando su nombramiento ante todos como algo provisional porque ambos -dijo- eran “*temporales*”. El motivo de esa deseada interinidad era que había pedido ya varias veces su retirada al Papa Juan Pablo II, porque ya había sobrepasado la edad de 75 años<sup>9</sup>, y confiaba en que le fuese concedida.

## 5.- EL GOBIERNO DE LA IGLESIA

---

Joseph Ratzinger había tenido una brillante participación en los trabajos del Concilio Vaticano II, como asesor del cardenal Frings, y había destacado ya como uno de los grandes teólogos del siglo; obtuvo el capelo cardenalicio del papa san Pablo VI al mes siguiente de ser consagrado arzobispo en 1977<sup>10</sup>, pero el traslado permanente a Roma sólo se produce cuando Juan Pablo II lo llama para presidir la Comisión para la doctrina de la Fe en el año 1981, cuando todavía decía el cardenal Ratzinger que prefería entenderse en latín, a una lengua italiana que aún no dominaba perfectamente.

El futuro papa Ratzinger, que se comparaba con humildad infinita y bávaro sentido del humor con «el oso en Roma de San Corbiniano», no será ya puesto en libertad ni conseguirá su anhelo de volver a la vida universitaria de su Alemania natal.

A lo largo de muchos años, la figura sencilla del cardenal Ratzinger, se dibujaba entrando a pie en el Vaticano a muy primera hora, provisto de una pequeña cartera negra, en la que llevaba los complejos temas del día de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Se alojaba en un apartamento del cuarto piso la *piazza della Città leonina 1*, muy próximo al

---

<sup>8</sup> Versos 22 y 23 del Salmo 72

<sup>9</sup> Georg Gänswein con Saverio Gaeta «Nada más que la verdad (Mi vida junto a Benedicto XVI)», Mondadori, Milán, 2023, 7 ss.

<sup>10</sup> Blanco Sarto, Pablo, «Benedicto XVI», op. cit., p. 119; 121

Vaticano y en el que tocaba todos los días su piano y era conocido cariñosamente como «*il tedesco*». El cardenal iba acumulando lenta y progresivamente responsabilidades en la curia romana; inspiró y presidió la Comisión que redactó el Nuevo catecismo de la Iglesia promulgado y aprobado por Juan Pablo II en 1997 y su compendio, que el mismo Benedicto XVI promulgó ya como papa en 2005. Aparte de su presidencia de la Congregación para la Doctrina de la Fe, de la Comisión bíblica y de la Comisión teológica internacional, será consejero de varias instituciones y dicasterios vaticanos. También fue elegido decano del Colegio cardenalicio

Como pone de relieve uno de sus biógrafos aún le restaba ser elegido por el Sacro Colegio Cardenalicio como el 265º papa de la Iglesia Católica, en la cuarta votación de un conclave muy rápido, el primero del tercer milenio.

En los 2872 días de su pontificado su obra de magisterio es inmensa, aunque no es este momento ni lugar para valorar su impacto. La continuidad de su obra como teólogo y su magisterio como pontífice es evidente, en los tres tomos de su *Jesús de Nazaret*, que da a la luz como obra de autor y del que se vendieron millones de ejemplares en veinte lenguas y llegó a creyentes en 72 Países diferentes.

Sus tres encíclicas *Deus caritas est*, tal vez su favorita en confesión a Peter Seewald y sin duda la más hermosa, *Spe salvi* y *Caritas in veritate* no son muchas, pero sucedían a las catorce encíclicas de Juan Pablo II y marcan un ritmo distinto; a ellas deben añadirse, sin duda, los tres volúmenes citados sobre Jesús de Nazaret, que firma como obra de autor, aunque son también obra luminosa de gobierno, en una forma radicalmente nueva. Esa obra magna ha hecho único su Pontificado, como lo hizo también su renuncia personal al papado el 11 de febrero de 2013<sup>11</sup>.

En las palabras pronunciadas con ocasión del 50 aniversario de la Comisión Teológica Universal, creada por el Papa san Pablo VI y para la que fue nombrado desde sus inicios refleja la posición de los grandes teólogos de su época.<sup>12</sup>

## 6.- EL DISCURSO EN EL PALACIO DEL REICHSTAG

---

Hay que destacar otro de los aspectos singulares de su pontificado, que se encuentra en sus discursos, comparados a veces a mini-encíclicas. Son textos escritos de propia mano que

---

<sup>11</sup> Cfr. «Pope Benedict XVI with Peter Seewald: Last testament in his own words», Bloomsbury, Londres, 2017, p.208; 204 ss.

<sup>12</sup> «La Comisión Teológica Internacional» en la citada *¿Qué es el cristianismo?*, op. cit., p 223 ss.

estaban destinados a ser pronunciados por el Papa como orador ante un público en una ocasión concreta.

Son destacables los que pronunció ante los representantes de todo el pueblo británico en el Westminster Hall de Londres el 17 de diciembre de 2010, el de 12 de septiembre de 2008, en su viaje apostólico a Francia ante el mundo de la cultura («Collège des Bernardins» de París) y el de 22 de septiembre de 2011 en el palacio del Reichstag de Berlín, ante el Parlamento alemán durante su visita pastoral a la Alemania reunificada de principios de este siglo.

El Papa señalaba en la introducción de cada discurso el porqué de la elección de cada tema el alcance de su palabra. Aunque tienen una duración breve, la profundidad de esa palabra les ha dado una dimensión histórica, suscitan debates filosóficos y académicos y han trascendido la ocasión y el tiempo en que se pronunciaron, como un legado insigne de su Pontificado.

Me voy a detener en la atención al relativismo en la fundamentación del Estado liberal de Derecho y a la contraposición entre positivismo y iusnaturalismo jurídico, que brillan en el discurso del palacio del Reichstag de Berlín del año 2011.<sup>13</sup>

El presidente del Bundestag recordó en su presentación que era la primera vez en la Historia que un Papa hablaba ante el Pleno del Parlamento alemán. El Papa subrayó en la introducción que no hablaba por sus orígenes personales, que sentía vinculados de por vida a su patria alemana, sino porque la invitación a hablar le había llegado porque se le reconocía su condición de Papa, de Obispo de Roma que ostenta la suprema responsabilidad para toda la cristiandad católica, así como la responsabilidad internacional que corresponde a la Santa Sede en la Comunidad internacional de los Pueblos y de los Estados.

Desde esa responsabilidad internacional, dijo, iba a proponer algunas consideraciones sobre los fundamentos del Estado liberal de derecho.

Subraya el papa Benedicto que lo importante para un político no debe ser el éxito y mucho menos el beneficio material. La política debe ser un compromiso por la justicia, que es lo que permite crear las condiciones básicas para la paz. Por ello, el éxito, que sin duda busca todo político, está subordinado al criterio de la justicia, a la voluntad de aplicar el derecho y a la comprensión del derecho. El éxito puede ser también una seducción y, de esta forma, abre la puerta a la desvirtuación del derecho, a la destrucción de la justicia, que se produce cuando se olvida el derecho y triunfa el no-derecho. Trae a colación una frase antológica, que toma de San Agustín:

---

<sup>13</sup> El discurso en vivo se encuentra fácilmente en Internet, en alemán y con traducción en subtítulos al español. Asimismo, es localizable fácilmente su texto



«Quita el derecho y, entonces, ¿qué distingue el Estado de una gran banda de ladrones?».

En Alemania, la experiencia del nacionalsocialismo nos muestra –dice– que esas palabras no son una quimera. Con el nazismo el poder se separó del derecho, lo pisoteó y convirtió al Estado en el instrumento para la destrucción del derecho. El Estado se transformó en una cuadrilla de bandidos muy bien organizada, que podía amenazar el mundo entero y llevarlo hasta el borde del abismo. Servir al derecho y combatir el dominio de la injusticia es y sigue siendo el deber fundamental de un político.

Pero vivimos, dijo el Papa Benedicto, en un momento en el cual el hombre ha adquirido un poder hasta ahora inimaginable, por lo que identificar el deber del político se convierte en algo particularmente urgente.

El hombre tiene la capacidad de destruir el mundo. Se puede manipular a sí mismo. Puede, por decirlo así, hacer seres humanos y privar de su humanidad a otros seres humanos. En esa situación, ¿Cómo podemos reconocer lo que es justo? ¿Cómo podemos distinguir entre el bien y el mal, entre el derecho verdadero y lo que es «no-derecho», el derecho sólo aparente porque aparece revestido de una cobertura formal?

La respuesta europea ha consistido en un dominio absoluto del positivismo jurídico. Reconoce el Papa que la visión positivista del mundo, que alcanza su cima en Hans Kelsen, es en su conjunto una parte grandiosa del conocimiento humano y de la capacidad humana, a la cual en modo alguno se debe renunciar. Pero afirma que la separación tajante que postula la teoría pura del Derecho entre la naturaleza (*Sein*) y el derecho –que pertenece al mundo del deber ser (*Sollen*)– hace que el positivismo no sea una cultura suficiente en su totalidad.

Afirma el papa que, en las cuestiones fundamentales del derecho, cuando está en juego la dignidad del hombre y de la humanidad, el principio de la mayoría, propio de las democracias, no basta para crear el Derecho: en el proceso de formación del derecho, una persona responsable debe buscar siempre cuáles son los criterios de su orientación.

Si la razón positivista se presenta a sí misma de modo excluyente, se parece, dice el Papa Benedicto, a esos grandes edificios de cemento armado construidos sin ventanas, en los que logramos el clima y la luz por nosotros mismos, sin querer recibir ya ambas cosas del gran mundo de Dios. Sin embargo, no podemos negar que en ese mundo autoconstruido se recurre en secreto igualmente a los «recursos» de Dios, que transformamos en productos nuestros.

Donde la razón positivista es considerada como la única cultura suficiente, relegando todas las demás realidades culturales a la condición de subculturas, ésta reduce al hombre, más todavía, y amenaza su humanidad.

Lo afirma el Papa especialmente mirando a Europa, donde en muchos ambientes se trata de reconocer solamente el positivismo como cultura común o como fundamento común para la formación del derecho, reduciendo todas las demás convicciones y valores de nuestra cultura al nivel de subcultura. Con esto, Europa se sitúa ante otras culturas del mundo en una condición de falta de cultura, y se suscitan al mismo tiempo corrientes extremistas y radicales.

Por ello es necesario -dice- volver a abrir ventanas en ese edificio ciego del positivismo, para ver de nuevo la inmensidad del mundo, el cielo y la tierra, y aprender a usar de todo esto de modo justo.

En las decisiones de un político democrático no es tan evidente la cuestión sobre lo que ahora corresponde a la ley de la verdad, lo que es verdaderamente justo y puede transformarse en ley. Hoy no es de modo alguno evidente de por sí lo que es justo respecto a las cuestiones antropológicas fundamentales y que pueda convertirse por ello en derecho vigente

¿Cómo se reconoce lo que es justo? ¿Cómo puede la naturaleza aparecer nuevamente en su profundidad, con sus exigencias y con sus indicaciones?

Dice el papa que, a diferencia de otras grandes religiones, el cristianismo no ha impuesto nunca al Estado y a la sociedad un derecho revelado, un ordenamiento jurídico derivado de una revelación; se ha remitido a la naturaleza y a la razón como verdaderas fuentes del derecho y se ha referido a la armonía entre razón objetiva y subjetiva, una armonía que, sin embargo, presupone que ambas esferas estén fundadas en la Razón creadora de Dios.

Benedicto XVI acude a un fenómeno de la historia política reciente. En la aparición del movimiento ecologista en la política alemana a partir de los años setenta, la gente joven lanzó el grito de que se abrieran las ventanas. Fue un grito que anhelaba aire fresco, un grito que no se puede ignorar ni rechazar porque se perciba en él demasiada irracionalidad. La juventud se dio cuenta que en nuestras relaciones con la naturaleza existía algo que no funcionaba; que la materia no es solamente un material para nuestro uso, sino que la tierra tiene en sí misma su dignidad y nosotros debemos seguir sus indicaciones. Es evidente que el Papa no hace con esta reflexión —y así lo advierte— propaganda de un determinado partido político, pero cuando en nuestra relación con la realidad hay algo que no funciona, entonces, dice, debemos reflexionar todos seriamente sobre el conjunto, y todos estamos invitados a volver sobre la cuestión de los fundamentos de nuestra propia cultura.

La importancia de la ecología es hoy algo indiscutible. Debemos escuchar el lenguaje de la naturaleza y responder a él coherentemente. Pero Benedicto XVI afirma que hay también una ecología del hombre.

También el hombre posee una naturaleza que él debe respetar y que no puede manipular a su antojo. El hombre no es solamente una libertad que él se crea por sí solo. El hombre no se crea a sí mismo. Es espíritu y voluntad, pero también naturaleza, y su voluntad es justa cuando él respeta la naturaleza, la escucha, y cuando se acepta como lo que es, y admite que no se ha creado a sí mismo. Así, y sólo de esta manera, se realiza la verdadera libertad humana.

El ecologismo ha logrado convencernos de que la realidad de la naturaleza responde a leyes de supervivencia y de buena conservación, ¿no había que afirmarlo con mayor razón del hombre y de la realidad humana?

También el hombre tiene una naturaleza que se ha de respetar. El hombre no se hace a sí mismo. Su voluntad es recta cuando atiende a la naturaleza, la oye y la acepta y cuando se acepta como quien es y no como quien se ha hecho a sí mismo

Las palabras del Papa adquieren un nuevo significado cuando en algunos Estados se promueven leyes que niegan la naturaleza del hombre y lo someten al arbitrio de su voluntad; son un nuevo no-derecho, que muestra la insuficiencia del positivismo y la necesidad de abrir las ventanas a las verdades de la conciencia y de la razón.

Rendimos tributo de admiración a un teólogo eminente que, en su responsabilidad pastoral, efectuó reflexiones como la expuesta, cargadas de profundidad y que no dejan de enseñar, al tiempo que nos invitan a reflexionar al dar de lleno en problemas cruciales del Derecho público.